



ILUSTRACIÓN: SERGIO BORDÓN

Lenin en glicerina

¿Qué hacer con el cadáver de Lenin, el fundador de la hoy desaparecida Unión Soviética? Sacarlo de su mausoleo actual sería un sacrilegio, dicen los comunistas, y así mantienen una tradición de culto a los muertos. **TEXTO: OLAF B. RADER**

Los músicos de la orquesta del Teatro Bolshoi humedecieron con vodka las boquillas de sus instrumentos de viento para que el metal no se helara con su gélido aliento. Sólo con improbables esfuerzos lograron arrancar al latón la marcha fúnebre de la Sonata número dos de Chopin. El termómetro marcaba muy por debajo de los 30 grados centígrados bajo cero. El Padrecito Helada hacía gala de su poder para rendir a su manera los últimos honores al más grande líder de la Revolución mundial, Vladimir Ilich Lenin. Para construir la tumba delante de la muralla del Kremlin, en Moscú, y levantar el panteón había sido necesario emplear dinamita en abundancia, principalmente con el fin de abrir un agujero en el suelo.

En la Plaza Roja había miles de personas al borde del camino que recorrió el cadáver de Lenin

cuando, el 27 de enero de 1924, fue trasladado a su primer mausoleo provisional de madera. Las masas cantaban la Internacional mientras Josef Stalin, Grigori Zinoviev, Lev Kamenev, Nikolai Bujarin y otros miembros de la cúpula directiva portaban personalmente el féretro. Oscurecía ya cuando los restos de Lenin fueron depositados en el panteón. En ese instante, las sirenas de fábricas, barcos y locomotoras empezaron a ulular por doquier. Retumbaron salvas de honor en fusiles y cañones.

Durante cinco minutos, todo el país permaneció sumido en la estupefacción. Luego proclamó una voz en la radio: "Lenin ha muerto: el leninismo vive". El cadáver, el santo con presencia real, sería a partir de entonces un objeto que ejercería una influencia generadora de unidad para todos los partidarios del comunismo y asumiría una función creadora de

identidad estatal para los ciudadanos de la Unión Soviética.

El primer mausoleo

El 21 de enero de 1924 murió Lenin tras su tercer ataque de apoplejía. Sin embargo, aunque Lenin había pasado los últimos meses de su vida cada vez más aislado de la política cotidiana, ya antes de su muerte había empezado a perfilarse un culto a su persona que con su desaparición adquirió nuevas dimensiones.

El primer y provisional mausoleo de Lenin –en la forma de una gran caja de madera– sólo existió un corto tiempo. Ya en 1924 se inició la construcción del segundo mausoleo. Era igualmente de madera en su totalidad y se conservó cinco años. No fue hasta 1929 cuando se erigió el mausoleo de Lenin tal como se puede contemplar hoy en la Plaza Roja de Moscú. Se concibió como una pirámide escalonada; había que crear las condiciones óptimas para que en su interior reposara el cadáver de Lenin. En la construcción del Mausoleo se utilizó un granito especial de color pardo rojizo y muy duradero.

Tras la muerte de Stalin en 1953, el Mausoleo de Lenin se convirtió en el Mausoleo de Lenin y Stalin. Ahora los dos líderes ya cían, como a muchos les gustaba decir, hombro con hombro, uno junto a otro en la muerte como en la lucha. El XX Congreso del PECUS, en 1956, supuso un golpe para esta proximidad. El nuevo secretario general, Nikita Kruschev, abrió una etapa de ajuste de cuentas con el estalinismo.

En el año 1961, el cadáver de Stalin fue sacado del mausoleo y enterrado a pocos pasos de distancia,

en la muralla del Kremlin. El mausoleo de Lenin desempeñó durante décadas la función del centro simbólico indiscutible del imperio soviético. Al menos dos veces al año –el aniversario de la Revolución y el Primero de Mayo– acudían a visitarlo enormes cantidades de personas, ocasiones en las cuales la dirección del Partido y del Estado, en pie sobre el mausoleo, saludaban a las masas.

La dirección de la RDA copió esta escenografía, recibiendo el homenaje del pueblo en la manifestación celebrada todos los años en enero en el cementerio de los socialistas. Sobre el Mausoleo de Lenin, la cúpula del partido presenciaba asimismo el desfile del ejército. De este modo se manifestaba simbólicamente que el cadáver de Lenin, que descansaba en el mausoleo, representaba, por así decirlo, el fundamento del orden del Estado.

La canonización del zar

El Estado que precisó de Lenin un estado incorrupto como figura fundacional se ha desmoronado. Uno de los cuerpos inmortales del rey ha desaparecido; el otro le seguirá. Es sólo cuestión de tiempo, hasta que la química emprenda la retirada de los restos mortales de Lenin.

El hecho de que en Rusia exista la cuestión, acaloradamente debatida, de si se debe dar cristiana sepultura a Vladímir Ilich Lenin o debe quedarse donde está, demuestra que también los demás cuerpos seguirán en todas partes el camino de aquél al seno de la tierra. Para los comunistas, Lenin sigue siendo la figura con la que identificarse, cuya grandeza histórica es inviolable.

Sacarlo del mausoleo sería un sacrilegio. Los adversarios de los

comunistas ven a Lenin como el precursor de Stalin, como Satanás y como el Anticristo.

Sin embargo, los cortes sin enmienda en los orígenes del Estado tienen nefastas consecuencias. Así pues, no es ninguna sorpresa que a la cuestión de la suerte del cadáver de Lenin vaya unido el tema de la canonización del último zar. Los restos del último zar, Nicolás II (1894-1917), que junto con su familia fue ejecutado por los bolcheviques en el verano de 1918 y cuyos restos mortales fueron descubiertos en una fosa común en Ekaterimburgo, en 1998 fueron depositados en una sepultura oficial.

Desde hace años, la Iglesia ortodoxa está considerando la canonización de Nicolás II. El debate tiene que ver con el valor simbólico del último zar. ¿Fue Nicolás II el autócrata sanguinario o la encarnación de la vieja y santa Rusia, que fue destruida por los bolcheviques dirigidos por Lenin?

Si Rusia pudiera ponerse de acuerdo, ambos cadáveres, el del último zar y el del fundador del Estado comunista, reposarían en la misma ciudad, en San Petesburgo: Nicolás II fue ya sepultado en ella porque San Petesburgo era la capital de la Rusia zarista. Y a Lenin se le podría sepultar en ella porque el célebre bolchevique deseaba, según se dice, ser enterrado al lado de su madre. •

OLAF B. RADER

Es profesor de Historia de la Cultura en la Universidad Humboldt de Berlín. El texto forma parte de su libro *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*, publicado por Siruela.